

y aceptar que todos somos culpables y que buena parte de la verdad histórica estaba con aquellas oscuras y desamparadas masas que se levantaron.

Santos Lugares, 23 de octubre de 1956

[Documento 5]

Un curioso método

Por Jorge Luis Borges

Publicado en *Ficción*, n.º 6, marzo-abril de 1957, páginas 55 y ss.

Si no me engaño, hay dos maneras fundamentales de concebir la historia. La más antigua presupone el libre albedrío y se cree autorizada a formular censuras y aprobaciones; la otra es determinista y rebaja los actos de los hombres a un mecanismo impersonal y fatal de hechos inevitables. Ambas son lícitas, ya que nadie sabe a cuál de las dos corresponde el mundo. Si la piedra que cae fuera consciente, observa Spinoza, se creería libre y estaría segura de que se mueve porque así lo quiere su voluntad.

A partir del año 55, pululan las historias y los análisis del régimen abolido. El hecho no es extraño; la dictadura fue inverosímil y aun increíble, y uno de los alivios (o acaso de los horrores adicionales) de aquella larga noche era, lo recuerdo muy bien, sentir que era irreal³. Lo extraño es la conducta híbrida de los historiadores. Estos incorruptibles aplican con rigor las nociones de libre albedrío y de culpa a cuantos gobernaron el país —salvo al partido de Perón, para el cual se reservan los beneficios del fatalismo histórico—. Resulta así que todos los argentinos tienen la culpa de la dictadura depuesta, salvo, se entiende, el dictador, sus legisladores, Nieves Malaver, los miembros de la C.G.T. y de la A.D.E.A., los Cardosos, la Alianza Libertadora y las turbas que entre un saqueo y un incendio, daban horror a las noches de Buenos Aires vociferando: *¡Mi general cuánto valés!* y los otros servilismos del repertorio.

El estilo de los textos de que hablo es revelador. En un solo párrafo he subrayado las locuciones: *pueblo insurrecto, injusticia social, enajenación de la patria a los consorcios extranjeros y oligarquía*. Inútil proseguir; el lector ya ha reconocido el dialecto, el vocabulario y casi la voz del Padre de los Pobres o de su ligera variante, el candidato Único o de alguna variante de esa variante... El remedo, claro está, es voluntario. Quienes en un estilo reflejo ensayan estos tambaleantes análisis, notoriamente lo hacen para lograr el favor de un electorado que suponen muy numeroso. No los mueve el magnánimo temor de mostrarse duros con un adversario caído; saben que la batalla persiste y se entienden, o quieren entenderse, con

³ Sospecho que la palabra *pesadilla*, aplicada al tiempo de Perón, no es una metáfora. La frecuencia de su empleo casi lo prueba.

los opresores de ayer. Simulan incoercible sinceridad, pero ni una palabra de condena tienen para los asaltos, los robos, los descarrilamientos y los incendios; aludir a violencia o a sabotaje podría molestar al múltiple monstruo.

Este recato es comprensible, pero entiendo que es excesivo. Si, como sugieren los analistas, el pueblo hubiera sido partidario del dictador, la revolución, tan pobre de recursos materiales como rica de valentía, no habría alcanzado el triunfo. Por lo demás la ética no es una rama de la estadística; una cosa no deja de ser atroz porque millares de hombres la hayan aclamado o ejecutado.

[Documento 6]

Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges

Por Ernesto Sábato

Publicado en *Ficción*, n.º 7, julio de 1957, páginas 86 y ss.

Con sofismas para lectores filosóficamente distraídos, con modestos ejercicios de *ignoratio elenchi* y de círculos viciosos, el autor de admirables cuentos fantásticos me adjudica las siguientes calamidades: entusiasmo por Perón, defensa de los hermanos Cardoso, defensa de la Alianza, dialecto peronista, análisis tambaleantes y electoralismo. Esta, como diría él, enumeración de la infamia abarca un tercio del microscópico ensayo sobre historia argentina que, como contestación a mi nota anterior, publica en el número 6 de *Ficción*. No funda las mencionadas fechorías en citas textuales, ni en informes de la policía, ni en el examen de documentos o libros: quede este anticuado método para personas totalitarias o peronistas. Borges aplica el enérgico método de las meras afirmaciones, que hoy es patrimonio de los demócratas. Más modesto, menos imperioso, menos democrático, me considero obligado a refutar aquellas afirmaciones no levantando la voz sino, como rogaba el doctor Johnson, mejorando los argumentos. En riguroso desfile militar.

1. *Entusiasmo por Perón*. En 1945 mataron a un estudiante en las calles de Buenos Aires. Junto con veintitantos profesores, protesté por el asesinato y fui exonerado de mi cátedra. Dirigí entonces una nota pública al entonces ministro Benítez, diciéndole que no me asombraban los procedimientos nazis del gobierno —dados sus antecedentes—, sino los errores de sintaxis, ya que el decreto emanaba del Ministerio de Instrucción Pública. Fui condenado a dos meses de prisión por desacato. Un año después el gobierno ofreció la reincorporación de los profesores expulsados. Muchos aceptaron ese acto de gracia, yo no. Durante diez años tuve que ejercer toda clase

de oficios, no siempre intelectuales, para simplemente sobrevivir y para poder darme el lujo de una línea de conducta. Si esto no lo supiera Borges, buena parte de sus afirmaciones serían ligeras, pues quien pretende juzgar debe por lo menos no ignorar todos los antecedentes. Sabiéndolo, como lo sabe, es mucho peor: revelan atributos que no mencionaré.

2. *Defensa de los hermanos Cardoso*. Supongo que esta curiosa afirmación resulta de algún vertiginoso sofisma. En *El otro rostro del peronismo*, publicado en 1955, denuncié las abominables violaciones de la dignidad humana que el régimen pasado cometió y fundamentalmente los tormentos físicos, que culminaron en la muerte del doctor Ingalinella. Nada tengo que responder, pues, a la grosera acusación. En cambio reiteraré algo que ya dije en mi carta anterior y sobre lo cual Borges se cuidó muy bien de decir nada. Dije allí —y ya lo había dicho en el ensayo— que era necesario denunciar el fariseísmo de los que denunciaban las torturas peronistas y pasaban por alto las cometidas contra centenares de obreros y estudiantes durante el período 1930/1945: seres bárbaramente atormentados, mutilados y hasta asesinados en los sótanos de la Sección Especial de Buenos Aires, en el Departamento de Policía de La Plata y en otros siniestros reductos, sin que Borges aludiera a ellos en ninguno de sus escritos, ni aún con seudónimos escandinavos o húngaros en ninguno de sus cuentos. Finalmente, me considero con el derecho a agregar que fui echado por el gobierno actual por la denuncia que desde *Mundo Argentino* se hizo —con nombres, lugares y fechas precisas— de torturas cometidas por una revolución que se había justificado por motivos éticos; siendo acusado por Borges y otros eminentes miembros de la *cultura* argentina de inoportuno y enemigo de la revolución. En resumen: mi discrepancia con Borges consiste en que mientras para mí el repudio del tormento físico debe ser un imperativo categórico, para él es apenas un imperativo hipotético. Dicho en términos menos filosóficos: para el autor de *Ficciones* hay que distinguir entre torturadores totalitarios y torturadores democráticos, entre tormentos oportunos e inoportunos. Cardoso es un mal torturador, un torturador perverso, como quien dice. Los otros son encantadores muchachos que luchan por la instauración de un régimen que respete los fueros humanos.

3. *Defensa de la Alianza*. En el ensayo sobre el peronismo digo: «Las fuerzas de choque del dictador fueron y siguen siendo los miembros de la Alianza... Me dirá usted —me refiero al doctor Mario Amadeo— que no aprueba esa siniestra maffia de la política, pero no podrá negar que ella surgió del nacionalismo... En todas partes el nacionalismo, por decirlo así, ha engendrado Alianza: los criminales grupos de asalto que surgieron en Italia primero, luego en Alemania, y finalmente en Croacia, en Bulgaria y en Rumania lo prueban irrefutablemente...»

4. *Dialecto peronista*. A juicio de Borges, ese dialecto está determinado por el uso de las siguientes expresiones: «enajenación de la patria a los consorcios extranjeros», «oligarquía», «pueblo insurrecto» y «justicia social». Sería interesante que Borges —en lugar de emitir generalidades— nos dijese qué piensa de los sobornos de concejales, diputados y hasta presidentes de la república que están documentados en el informe de la comisión que investigó el gigantesco negociado de la CADE. Esto por lo que se refiere a la primera expresión. La palabra «oligarquía» ha sido utilizada por escritores clásicos celebrados y citados por el Borges *literato* mucho antes de haber descubierto su vocación cívica y de haber imaginado que aquellos prestigiosos colegas pudieran ser peronistas *avant la lettre*. La expresión «pueblo insurrecto» es una formulación meramente técnica tan necesaria y tan tranquilamente descriptiva como «país invadido», «senado electo» o «auto descompuesto»; muy utilizado, además, por escritores e historiadores al referirse a la Revolución Francesa, leídos con el interés y la simpatía que ese acontecimiento europeo despierta en Borges y en muchos de sus lectores. En cuanto a la expresión «justicia social», me parece imprudente que la mencione como distintiva de políticos peronistas, ya que en la actualidad la usa hasta el propio presidente provisorio de nuestra república; persona cuya gestión le merece a Borges —véase manifiesto respectivo en los diarios del día...— «apoyo incondicional».

5. *Análisis tambaleantes*. Tengo muchos defectos, conocidos y duramente criticados. Pero creo que, como dijo un personaje que Borges conoce, «*la bêtise n'est pas mon fort*».

6. *Electoralismo*. Nunca actué como candidato en política, ni creo que jamás actúe en el futuro. No sé, pues, a qué clase de operaciones electorales se refiere mi interlocutor. Soy un franco tirador. Bastante ineficaz para mis intereses, por otra parte, como lo revela mi incapacidad para obtener cargos oficiales bajo ningún régimen. En cuanto a la calificación de «incorruptible» que Borges irónicamente me propone en su nota, nunca he pretendido serlo: me considero un precario hombre de carne y hueso, propenso a todos los pecados y miserias que son más o menos inevitables en la condición humana. No obstante, reivindico el abandono que desde mi adolescencia hice de los privilegios de mi clase burguesa para luchar —dentro de mis fuerzas— por la justicia a los desheredados de la tierra. Tal vez por eso nunca tuve cargos oficiales —fuera de mi cátedra que gané por oposición—. Ni antes del peronismo, ni durante su régimen, ni a su caída (cuando es tan fácil y aparentemente tan honorable tenerlos). Mi fugaz paso por la dirección de una revista gubernamental demuestra esa incompatibilidad de caracteres.

En cuanto a la parte que podemos llamar filosófica de la nota, Borges decide que hay dos maneras fundamentales de encarar la historia: el libre albedrío y el determinismo. Una concepción más compleja, que intente sintetizar la existencia de una voluntad libre de condiciones históricas determinadas —tal como intento en el análisis del peronismo que hice en el ensayo mencionado y en mi contestación anterior a Borges— es despectivamente calificada por Borges de híbrida y peronista. Método policial mediante el que Kant —con su determinismo para el mundo fenoménico y su libertad para el noúmeno— caería bajo la misma calificación política; y, en virtud del método paralogístico usado por Borges, pasaría a ser defensor de los hermanos Cardoso, entusiasta de la Alianza Libertadora y partidario de los incendios de iglesias.

Ignoro por cuál de los dos métodos se inclina Jorge Luis Borges en sus últimas investigaciones históricas. Si se pronuncia por el determinismo (que indistintamente él llama fatalismo, ignorando que es casi lo contrario), sería absurdo que se enoje con Juan Domingo Perón y con las masas descamisadas; filosóficamente tan absurdo como si se enojara con la piedra movediza de Tandil por haberse venido abajo. Si se pronunciara por el libre albedrío (*absoluto*, tal como él plantea el dilema), debe concluir que cualquier hombre en cualquier circunstancia pueda hacer lo que quiera (pues si no ¿qué clase de libre albedrío *absoluto* sería?) y por lo tanto es omnipotente; en esta alternativa las cosas se pondrían muy feas para Borges, porque cabría preguntarle —y hasta en forma amenazante— por qué permitió él la existencia de Perón. Tal vez en ese caso y ante una amenaza tan brutalmente fáctica, se vería obligado a decir, con una mesurada dosis de razón, pero mortalmente para su doctrina, que él solo, por sí solo, a pesar de toda su voluntad y aun de su buena voluntad, era incapaz de derribar a Perón; debería admitir, en fin, que la historia argentina entre 1945 y 1955 obedeció a una curiosa mezcla de voluntad de Jorge Luis Borges y de su situación histórica, incurriendo, por lo tanto, en los más bochornosos extremos de su teoría del hibridaje.

En un número de *Sur* que no recuerdo, hay un hermoso cuento de Vincent Bennet, en que un oscuro coronel de provincia llamado Napoleón Buonaparte, que no nació en el momento oportuno, ni estuvo en el lugar adecuado, perdió, por decirlo así, el tren de la historia. Un Napoleón, en suma, que no es exactamente el que conocemos y el que trastornó el mapa de Europa, sino otro levemente descolocado en el tiempo y el espacio, y que, a pesar de tener todo el talento del Napoleón conocido, no pudo hacer prácticamente nada, porque no estuvo en la coyuntura histórica adecuada. Borges seguramente admiró este cuento y hasta debe de haberlo recomendado.

Pero una cosa es celebrar cuentos ingeniosos y otra muy distinta aplicar su tesis a una historia concreta que por tantos motivos miramos con pasión.

Santos Lugares, julio de 1957



Sábato y Borges en un
cafetín del barrio de
San Telmo